



Creación



47 > **Entre dioses y gigantes**

Mara Gabriela Serrano y Mauricio Zuleta



Entre dioses y gigantes

MARA GABRIELA SERRANO Y MAURICIO ZULETA

En 2020, en la UASB-E empezó una innovadora Maestría en Literatura con menciones en Literatura Latinoamericana y Escritura Creativa. Este posgrado abre el camino para jóvenes escritores y escritoras que ahora cuentan con el apoyo del más alto nivel en su proceso de creación literaria. Esta es apenas una muestra de prosa poética a cargo de Mara Gabriela Serrano y un cuento de Mauricio Zuleta, estudiantes egresados de la primera cohorte de la maestría.

PROSA POÉTICA

DIOS ES UN GLOBO LLENO DE AGUJEROS

MARA GABRIELA SERRANO

El centro del universo está en todas partes y en ninguna. Siento la comida moverse en mis tripas y trato de imaginar un ser que tiene más consciencia de mí que yo misma; que observa cada movimiento de mis órganos, de líquidos internos que no comprendo. Alguien me ve todo el tiempo y quisiera encerrarlo en una jaula. Siento frío, pienso en un dios redondo que se expande, que no tiene fin y viaja en todas las direcciones con la misma fuerza, como agua que explota en un globo lleno de agujeros.

Tomo un compás y dibujo un círculo. Espero atraparlo en algo pequeño y conservarlo conmigo. No es perfecto, así que lo hago varias veces. Escribo la palabra DIOS en el medio con un crayón verde. Es un trazo tenue que no se ve con claridad, pero yo lo entiendo. Recorto el círculo, estiro mi cuerpo lo más que puedo y lo pego en la pared. Cuando alzo la cabeza, veo que no



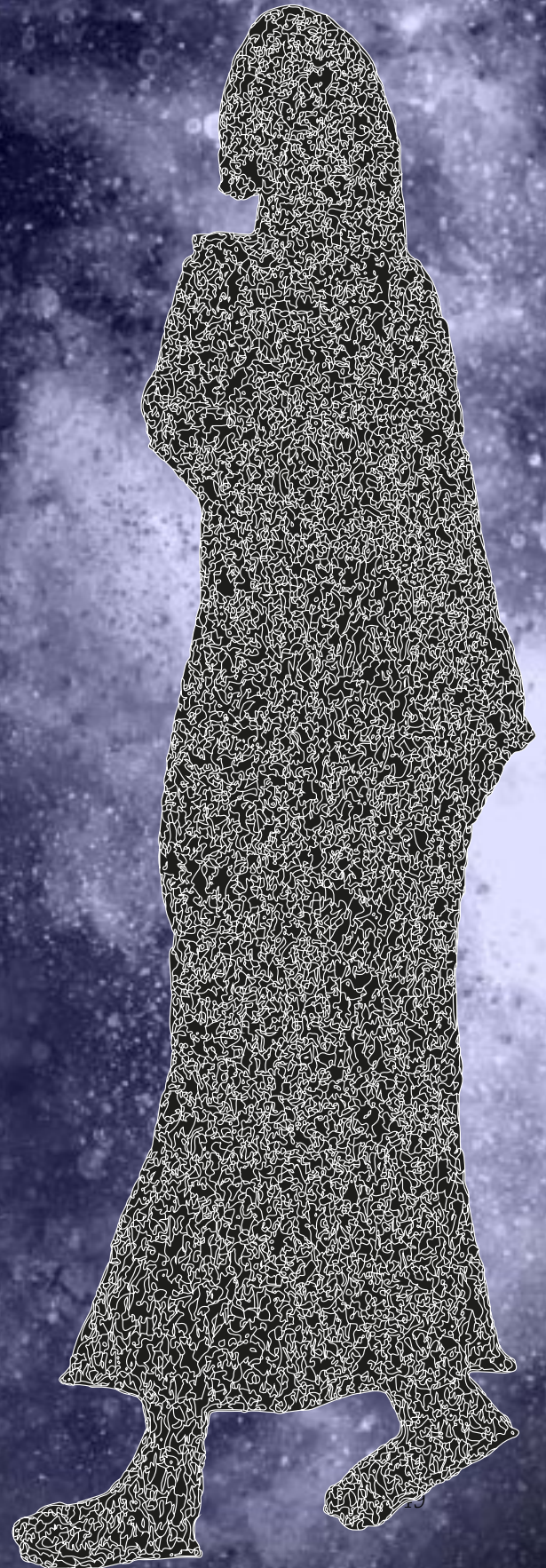
está lo suficientemente alto. Me subo a una silla y lo pego en el techo. No me gusta. Subo a una escalera y lo pego en lo más alto de la casa, quiero llegar más arriba pero no sé cómo. Mi círculo es patético.

Lo guardo en mi bolsillo y lo llevo conmigo a todas partes, el papel se desgasta y el crayón se desdibuja, se moja y se destruye. Solo quedan restos en mi bolsillo. Hago un nuevo círculo pero no tiene sentido, no es igual. Toco mis ojos en sus cuencas y me imagino cómo será ver hacia adentro, en qué oscuridad vivirá mi cuerpo al revés. Pero tal vez, si dios está en todas partes, tenga luz propia o la capacidad de reflectarse en la noche, como esos dinosaurios de plástico que brillan en la oscuridad. Tal vez dios sea de plástico. Tal vez sea un hueco, un hueco infinito que absorbe todo.

Necesito algo que me acompañe porque dios se ha vuelto abstracto. Quisiera saber que está ahí conmigo, como una especie de amuleto, que sabe todo, pero no juzga. Toco una taza, una uva y no puedo sacar la idea de mi cabeza. No sé si dios se come, si algo le duele, no sé cómo se ve, si tiene pena, si se excita o llora. Tengo que darle una nueva forma, forma de cualquier cosa. Tal vez simplemente no se atreve a mostrarse porque sabe que le haríamos daño.

“

Toco mis ojos en sus cuencas y me imagino cómo será ver hacia adentro, en qué oscuridad vivirá mi cuerpo al revés. ”



CUENTO

A PASOS DE GIGANTE

MAURICIO ZULETA

A Margarita Grijalva

A Roberto Muñoz se le enfriaban los pies por las noches. Le disgustaba. Sabía que era la causa por la que dormía mal. Encogía las piernas hasta ovillarse y movía los dedos de los pies en un intento por generar calor. Era inútil, al rato volvía a despertarse con las rodillas extendidas y los pies entumecidos.

Soluciones a su problema se le ocurrían cada mañana. Mantas, cobijas o edredones extra. Dormir con medias. Acostarse con una bolsa de agua caliente entre los tobillos. Comprar una pijama de cuerpo completo. Incluso sugerir a sus padres la instalación de calefactores. Al final del día ya no quedaba ni rastro de sus ideas. Cerraba las copias de los inmensos manuales de bioquímica o anatomía, sintiendo un palpito en las sienas que se aceleraba si no se acostaba cuanto antes, que recrudecía cuando leía en la *laptop*.

Era temporada de lluvias. El tableteo de las gotas contra el tejado de zinc de la bodega que se abría justo por debajo de su ventana era lo único que lo relajaba. En cuanto se tendía en la cama, las palpitaciones cedían y su respiración se acompasaba. Se habría mostrado alegre todas las mañanas, de no ser porque transcurrido un par de horas sus pies ateridos le devolvían a la noche húmeda. Se sentía tan pesado que prefería procurarse un sueño agitado e irregular antes que buscar algo con qué arroparse. Por la mañana lo solucionaría.

Roberto solía llegar atrasado a la universidad. Vivía cerca. Bien podía tomar el bus. No lo hacía porque le gustaba más caminar a pesar de que no siempre lo disfrutara. Había veces en que al andar repasaba las páginas finales de un texto que en la madrugada le había resultado incomprendible o doloroso por el palpito en las sienas. Se abstraía tanto en la lectura que más de una vez estuvo a punto de ser arrollado por un carro o atajado por oficinistas atrasados.

“
Se habría mostrado
alegre todas las
mañanas, de no ser
porque transcurrido
un par de horas
sus pies ateridos le
devolvían a la noche
húmeda.”

©Unsplash.com



Pero cuando podía detenerse en el lento bostezo del paisaje urbano al desmerecerse, pasaba de buen humor durante el resto del día. Puede que incluso habría llegado a sentirse feliz si hubiera respondido al impulso que lo incitaba a sacar una hoja de papel y dibujar, tal como lo hacía en sus años de colegio.

A medio camino entre su casa y la universidad se alzaba un hotel. Era uno de los edificios más altos y modernos de la ciudad. Ocupaba una manzana entera. Roberto tomaba invariablemente por esa calle. En la esquina más cercana, se regocijaba ante los juegos de lámparas del vestíbulo reverberando en los espejos y en la otra había una panadería donde solía comprar bollos o sándwiches con café cuando no había tenido tiempo de desayunar en casa.

Había una razón más que le hacía transitar el mismo camino. No la comentaba con nadie, ni siquiera consigo mismo, porque intuía que había algo infantil e inocente en ella: a mitad de la cuadra se abría un ducto de ventilación entre los parterres del hotel. Fingía que tenía que amarrarse los cordones, o hurgaba en su mochila, o leía con intensidad el pasaje de un manual, o limpiaba las lunas de sus lentes, o escarbaba en sus bolsillos solo para perma-

“
Llegaba un punto en que perdía el control de sus párpados. Se quedaba sentado frente al escritorio con los ojos entreabiertos, la espalda ligeramente encorvada.”

a casa, cansado, en bus, se sentía íntimamente reconfortado al pasar por el hotel.

Los exámenes de fin de semestre no tardaron en llegar. Las horas de estudio se prolongaron casi hasta el amanecer. Las palpitaciones ahora lo acompañaban todo el tiempo. Y las lluvias, en lugar de dar paso a la estación más soleada, arreciaron. Ya no tenía tiempo ni cabeza para nimiedades.

Los exámenes se distribuyeron en dos semanas para que los alumnos de Medicina tuvieran tiempo de estudiar a fondo cada asignatura. A Roberto, de cualquier manera, le pareció absurdo que las autoridades pretendieran que en 14 días se revisaran los miles de páginas que en suma se habían visto a lo largo del semestre. Tomaba las copias al azar o bajaba por el archivo hasta dar con el encabezamiento de un nuevo capítulo, y leía prestando atención solo cuando se topaba con temas que más o menos recordaba.

Llegaba un punto en que perdía el control de sus párpados. Se quedaba sentado frente al escritorio con los ojos entreabiertos, la espalda ligeramente encorvada, y escuchaba el rumor de la lluvia del otro lado de la ventana. Se iba a la cama. Pero la certeza de que no podría dormir las dos horas que le quedaban le hacía dar vueltas buscando la posición más cómoda y caliente.

Al tercer día se sentía más exhausto que nunca. Justo cuando se disponía a plegar la pantalla de la *laptop*, antes de acostarse, escuchó ruidos en la bodega de abajo. Primero un golpe seco contra el tejado de zinc; luego de unos minutos, algo como el rasgar de una tela larga y recia en el interior, acompañado



©Unsplash.com

de una especie de gimoteo. Se dijo a sí mismo que quizá la lluvia había arrastrado basura de la azotea y agujereado el tejado y ahora inundaba el interior. Prometió que lo investigaría a primera hora.

La alarma del celular lo sorprendió profundamente dormido. Le costó despojarse del sopor que lo envolvía. Recogió las notas que había tomado durante la noche con la esperanza de recuperar algo de lo que había leído. No desayunó. Anduvo a zancadas irregulares y desapacibles con los papeles entre las manos. Tenía que releer los apuntes varias veces porque su propia letra le resultaba críptica y confusa. Cuando enfiló por la acera del hotel pensó en pasar por la panadería. Mientras intentaba organizar sus notas, un detalle discordante, atisbado por el rabillo del ojo, llamó su atención. Un bulto encima del ducto de ventilación. Pensó que se trataba de una bolsa de basura dejada por un conserje descuidado o furioso. Una pierna se extendió. Era un hombre, más bien un adolescente, quizás un niño, encogido bajo una bolsa de basura sacudida por las ráfagas de aire. La usurpación de un espacio que consideraba suyo le pareció inadmisibile. Frunció el entrecejo y continuó su camino sin recordar por qué se había detenido.

En el bus de regreso pasó con la frente pegada a la ventanilla para comprobar si el intruso seguía ahí. Pese a que no lo vio, aún se sentía molesto.

Hizo ejercicios de respiración. Dio vueltas por su cuarto. Pretendió abstraerse en la asignatura que le correspondía para el día siguiente. Fue en vano. La lluvia, que además traía un quejido lastimero con su rumor, lo exacerbaba. Se fue a la cama temprano y permaneció en vela, aquejado por las palpitaciones de sus sienes que se acrecentaron por un aullido cuyo origen no quiso determinar o que sencillamente achacó a su deteriorado estado mental.

Al levantarse, se preparó el desayuno. Untó tostadas con mantequilla, frío dos huevos y dos lonchas de tocino, tomó tres tazas de café y guardó dos sándwiches de jamón y queso en su mochila. Era consciente de que no había estudiado, de que ni siquiera sabía qué examen debía rendir ese día; de igual modo salió de su casa. Frente a la entrada descubrió que la alcantarilla se había llenado de basura y que un charco inmundoso se abría alrededor.

Esta vez ya no experimentó ira ni rencor al toparse con el mismo bulto de ayer. Una curiosidad mórbida y compasiva reemplazó a su malestar. Incluso se sintió inquieto por la inmovilidad del adolescente o niño. Luego pensó que era una escena perfecta para un cuadro, no uno realista sino más bien de una violencia abstracta capaz de transmitir la agitación de la funda de basura y la petrificación del muchacho. Le habría gustado tener hojas vacías en sus cuadernos.

“

Era una escena perfecta para un cuadro, no uno realista sino más bien de una violencia abstracta. ”



*

Fue su peor rendimiento en un examen desde que tenía memoria. Se culpó por no haber cumplido con sus obligaciones. Se sintió deshonrado ante sus padres. Ansiaba mortificarse por su vagancia. No quería reconocer que una grata molicie empezaba a extenderse por sus miembros con la promesa de una noche de sueño reparador. Se acostó temprano, arrullado por una auténtica tormenta de agua, a sabiendas de que por segundo día consecutivo dejaría una marca imborrable en su historial académico.

Se levantó contento, aunque un instante después se recriminó por su actitud. Repitió el desayuno del día anterior, convencido de que no se lo merecía. Los sándwiches seguían en su mochila intactos. Luego de cerrar la puerta de entrada tras él, vio el espectáculo desagradable de los desperdicios flotando a lo largo y ancho de la calle. Dio un paso al frente. De la esquina emergió un carro con el acelerador a tope levantando una cortina de agua estancada y residuos que le cayó encima.

Atenazado por el asco de las bolsas de polietileno y restos de comida adheridos a su ropa, reculó hasta el interior. Se quitó sus prendas con cuidado de no vomitar cada vez que veía una costra u olía sus propias emanaciones. Se fregó intensamente bajo la ducha. Opuso varias capas de algodón al tejido impermeable de un traje deportivo y buscó sus botas de caucho por toda la habitación. Estuvo a punto de dirigirse al cuarto de sus padres cuando recordó que estaban almacenadas en la bodega, en un rincón, al lado del equipo de pesca. Se encaminó hacia allá.

El interruptor no funcionó. Apenas se adivinaban las siluetas de las estanterías, pilas de diarios en las esquinas, paneles arrumados en la pared y ristras de cabos colgadas de las vigas del tejado. Se sentía la opresión de un cuarto atiborrado de objetos olvidados. Al fondo, por el vértice izquierdo, se colaba una claridad brumosa. Algo, quizás un balde, debió haber caído de la azotea, pensó. Como la bodega estaba ubicada en un suave declive del terreno, hacía falta descender tres escalones para llegar al suelo.

“

Al posar el pie en el segundo escalón, la húmeda sensación del calcetín mojado casi le hizo perder el equilibrio. La bodega estaba inundada. ”



“

Ahí estaba el niño, arrodillado en medio del ducto, con un cuaderno de tapas abarquilladas en el regazo.”

Roberto bajó lentamente. Al posar el pie en el segundo escalón, la húmeda sensación del calcetín mojado casi le hizo perder el equilibrio. La bodega estaba inundada. Volvió a experimentar el asco del chapuzón reciente. Una arcada lo levantó hasta llevarlo al filo del primer escalón. Se sostuvo de la pared y se contuvo. Pasó un largo rato inmóvil. Tengo que irme, pensó, ya no puedo perder más tiempo. Encendió la linterna de su celular. Las botas se habían acercado a la puerta, transportadas por el agua. Extendió una mano, mientras que con la otra se sostenía de la jamba de la puerta. Las alcanzó. Entonces vio que a un lado, justo por debajo de la estantería más cercana, aparecía una bola de pelo blanca y negra, como un guaipe. Le apuntó directamente con el celular. Era un cachorro de gato. Se había ahogado. No era el único. Por uno y otro lado había cachorros flotando. Esta vez Roberto no pudo contener las arcadas.

Vaciló entre contarles a sus padres el hallazgo o ponerse las botas y marcharse. Finalmente, optó por irse sin decir nada.

Se desplazaba por inercia. Daba un paso tras otro sin siquiera darse cuenta, como si tuviera los pies congelados. No sabía a dónde se dirigía. No era capaz de pensar. Tenía la mirada clavada en el piso. Oía el claveteo de las botas contra la acera. Habría seguido así de no ser porque el retazo de una hoja, como si de la pluma de un ave de gran envergadura o de un lienzo en blanco se tratase, cayó acurrucada por el viento justo frente a sus ojos. Elevó la mirada. Vio más hojas suspendidas en el aire, llegando a su altura máxima, luego deslizándose con gracia hasta tocar el suelo.

Ahí estaba el niño, arrodillado en medio del ducto, con un cuaderno de tapas abarquilladas en el regazo. Arrancaba las hojas arrugadas y las arrojaba al aire del ducto. Tenía la mirada perdida.

